



El castillo de Coburgo, donde residió Martín Lutero en 1530.

La Reforma. Erasmo y Lutero

A últimos del siglo XV era inevitable una reforma de la Iglesia. Pero el egoísmo de muchos de sus altos dignatarios y la convicción que éstos tenían de ser invulnerables les hacía demorar la reforma para los que vendrían después. Nadie discutía el hecho de que la avaricia de los eclesiásticos, su corrupción y su ignorancia habían llegado hasta más allá de lo increíble; pero el trabajo de expurgar la Iglesia de Cristo de las ramas estériles y ponzoñosas se dejaba para mejor ocasión. Al fin y al cabo, la monarquía pontificia había sido el único remedio para poner fin a los desórdenes de la época del Gran

Cisma, y los concilios que se reunieron a lo largo del siglo XV y hasta principios del XVI no sólo fracasaron totalmente en sus intentos de reforma, sino que pusieron de nuevo a la Iglesia al borde de la desunión.

Los escritos de los humanistas laicos, y aun eclesiásticos, de la segunda mitad del siglo XV están llenos de las más severas diatribas contra los clérigos, las Ordenes religiosas y aun la curia romana. No tenemos ningún empeño en escandalizar a los lectores; creemos que lo que es de Dios no necesita defensa, y lo que es contra Dios se deshace por sí mismo; pero es indispen-

sable consignar aquí algunos datos para que se vea hasta qué punto llegó la inmoralidad de los clérigos de aquella época. Como quiera que se sentían impunes, podían cometer los mayores desmanes: en la coronación del papa Alejandro VI (el famoso Borgia), para adularle, el pueblo romano levantó un arco de triunfo en el que se leía esta inscripción: "La Roma de los Césares fue grande, ésta de los papas lo es más; aquéllos eran emperadores, éstos son dioses".

No haremos responsable al pontificado de esta poesía callejera; pero que los papas se sentían omnipotentes, y con derecho sobre los reyes, está plenamente confirmado por el lenguaje empleado en sus bulas y excomuniones. Paulo II destituyó al rey de Hungría y puso en su lugar a Matías Corvino; Julio II excomulgó al rey de Navarra Juan de Albret y a su esposa Catalina para que Fernando el Católico pudiese ocupar sus estados.

Otro ejemplo de la seguridad que tenía el papa de ser árbitro del mundo es el reparto que hizo Alejandro VI de las tierras de ultramar entre castellanos y portugueses.

Julio II, por Rafael (Galería Pitti, Florencia). Este papa, como otros del Renacimiento, empleó la venta de cargos (simonía) para obtener dinero con que hacer frente a los cuantiosos gastos del pontificado.



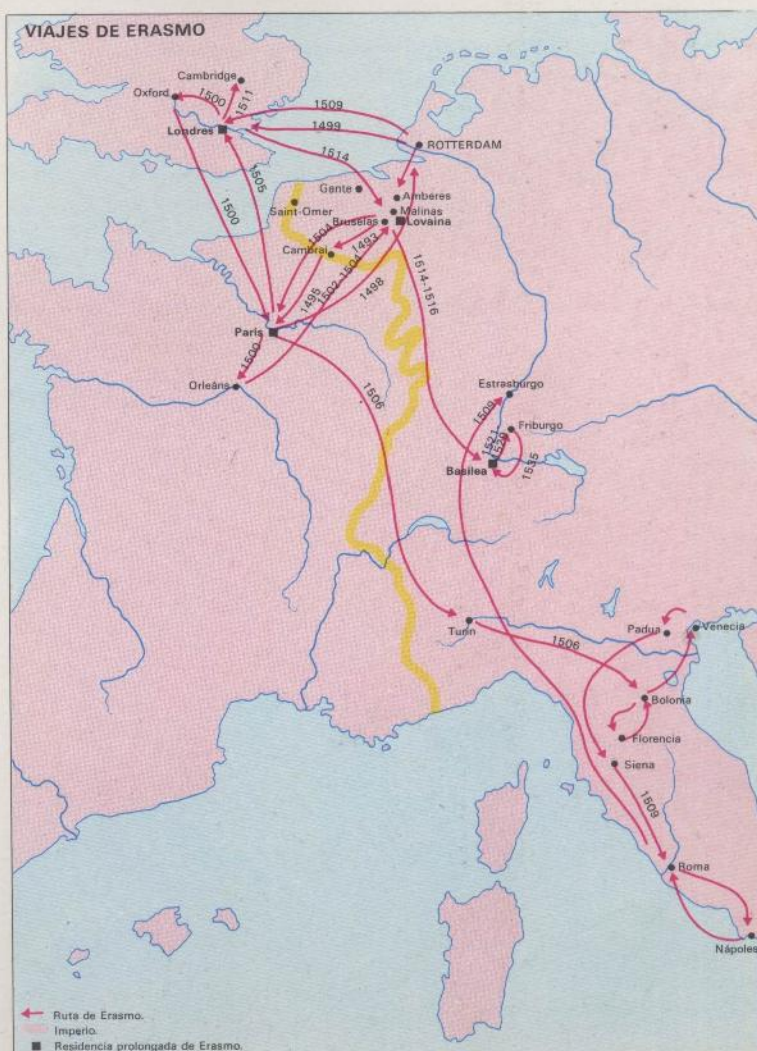
Si este poder hubiese sido siempre legítimamente obtenido, y ejercitado por pontífices piadosos y capaces, la protesta que originó la Reforma se hubiera reducido a una reacción de carácter político, como la que había motivado el conflicto entre el pontificado y el Imperio en tiempos de Gregorio VII. Pero era notorio (y aunque no fuese cierto lo creía todo el mundo) que algunos papas habían logrado la elección distribuyendo sumas importantes entre el colegio cardenalicio, y era bien sabido que muchos de los cardenales habían comprado su cargo. Para procurarse dinero con que ayudar a las conquistas de César Borgia, su padre Alejandro VI en 1500 creó doce cardenales, que pagaron 120.000 ducados por los capelos. En 1503, necesitando todavía recursos para las guerras de Romagna, el papa nombró otros nueve cardenales, que aportaron la suma de 130.000 ducados.

Altos cargos de la curia se vendían igualmente al mejor postor. Un temperamento tan calmoso y de tanta sangre fría como Burckhardt, el autor de la crónica pontificia de la época, nos cuenta que él obtuvo su empleo de maestro de ceremonias pagando 450 ducados, *incluidos todos los gastos*, lo que quiere decir propinas. El mismo Burckhardt ofreció en vano al papa Julio II la suma de 2.000 ducados por una plaza de escribiente; pero, en cambio, logró otra colocación de corrector de escrituras por 2.040. Y como quiera que su cargo de maestro de ceremonias y su título de obispo de Orta debían darle ocupación más que sobrada, resulta claro que las dignidades accesorias que compró Burckhardt eran *sinécuras* y que empleaba en ellas sus ahorros para que proporcionaran un saneado interés a su dinero.

Julio II creó un *colegio* de cien escribientes, a los que hizo pagar 14.000 ducados por su empleo. León X nombró sesenta chambelanes y ciento cuarenta escuderos, que le pagaron, todos juntos, 90.000 y 112.000 ducados, respectivamente. Estos puestos, obtenidos por dinero, eran considerados inamovibles y algunos de ellos podían ser traspasados por su poseedores a otros que los compraban pagándolos con sobreprecio. Así se creaba un círculo vicioso: para pagar los sueldos de los simoníacos había que procurarse más dinero, y los fondos, en muchos casos, tenían que obtenerse creando otros empleos para venderlos a nuevos simoníacos. A veces se temía que un papa reformador llegaría a cortar por lo sano, dejando sin empleo y sueldo a las sanguijuelas de la curia romana... Pero, desgraciadamente, los papas reformistas duraban poco, pues morían prematuramente o cambiaban de parecer, como León X, que, a pesar de ser un

Médicis, decía: "Gocemos del pontificado, ya que Dios nos lo ha concedido". Otros, no obstante sus buenas intenciones, dejaban en sus empleos por compasión a tantos que los habían comprado creyendo haber hecho un buen negocio. Adriano VI, el preceptor del emperador Carlos V, que precisamente había sido elegido papa para acabar con los despilfarros de León X, se reconoció incapaz de terminar con tantos abusos. Cuéntase que, a su llegada a Roma, los palafreneros del difunto papa le recibieron de rodillas, pidiéndole que les conservara en su empleo. León X necesitaba sesenta palafreneros; Adriano VI dijo que le bastarían cuatro, pero, así y todo, no se atrevió a despedirlos. Tantos empleados sin prestar servicio, y tantos postulantes a nuevos empleos, llenaban a Roma de gente vagabunda y maleante. El cardenal Siliceo escribía a Carlos V que había en Roma 6.000 españoles intrigando para conseguir beneficios. "Estos se venden a venteros y mercantes que no saben leer el libro de rezos." Roma se había convertido en un lugar malsano, sentina de vicios, como la llamaba Erasmo. Con una población de 100.000 almas, a principios del siglo XVI, Roma contaba 6.000 prostitutas, más, en proporción, que las que atribuye el censo oficial a las ciudades de la Europa moderna más corrompidas por este comercio. Sólo la peste, diezmando la población, podía con la muerte abrir claros en el tropel insaciable de los empleados pontificios.

La corrupción romana se contagiaba a toda la cristiandad. La curia no sólo vendía los cargos de sus oficiales, sino que daba en encomienda obispados y abadías del mundo entero. Sixto IV, de cuyo nepotismo hemos tenido que hablar en capítulos anteriores, propuso como obispo de Cuenca a un sobrino suyo que habitaba en Génova. Los Reyes Católicos se resistieron a aceptar semejante



Erasmo, como típico representante del humanismo, es cosmopolita; universal, ha de cultivarse; reclama de él mismo un esfuerzo constante para realizar la más alta perfección de las relaciones humanas. De ahí su constante deseo de ponerse en contacto con los diversos focos de cultura (universidades, etc.) y las más altas personalidades de su época (príncipes, impresores, profesores, historiadores, etc.).



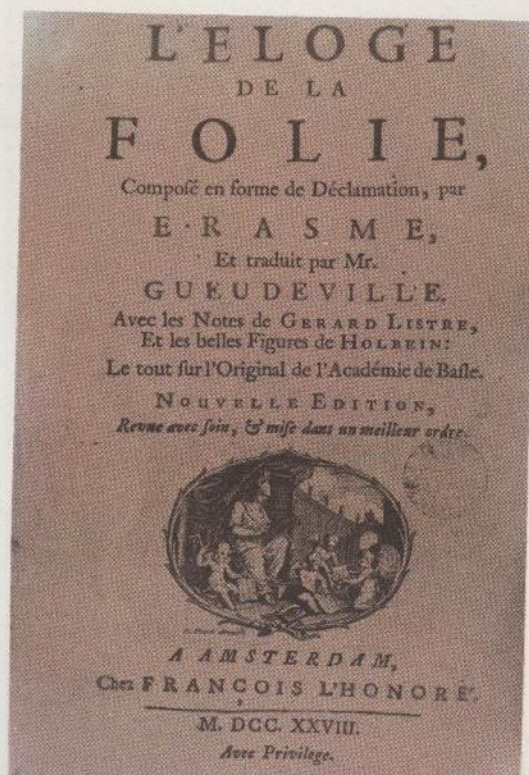
Vista de Londres desde el puente del Támesis, en tiempo de Erasmo. Llegado Erasmo a esta ciudad en 1497, y en estrecha amistad con Tomás Moro, se relacionó con la intelectualidad inglesa, la cual le estimuló a que compusiera su primer libro.

candidatura y retiraron su embajador en Roma. Ante la amenaza de Fernando e Isabel de pedir la convocación de un concilio, y ayudando como pacificador el cardenal Mendoza, Sixto IV capituló y no se habló más de su sobrino. Pero no todos los soberanos tenían el mismo tesón y fuerza moral de los Reyes Católicos; a menudo transigían, a cambio de otros favores que esperaban llegar

a conseguir del pontífice, y el ventero y arriero que, según el cardenal Silíceo, intrigaban en Roma, obtenían el beneficio y se marchaban a gozarlo, o cobraban sólo sus rentas, autorizados por una dispensa, también pagada si era preciso.

En estas condiciones, la reforma, que ya hemos dicho que era inevitable, se hubiera impuesto sin necesidad del cisma luterano, aunque tal vez tardara mucho más. Todos los que lamentaban los abusos de la época proponían como remedio un concilio; pero es evidente que, a fines del siglo XV, un concilio ecuménico no hubiera llevado a cabo fácilmente la reforma que más tarde cristalizó en el concilio de Trento. La Iglesia romana tenía que padecer la prueba del ataque de los protestantes para poder enmendarse y restablecer la disciplina.

Sin embargo, tan extendido estaba el mal y tan necesaria era la corrección, que por algún tiempo la Iglesia no sólo no persiguió a los que la enjuiciaban con sus críticas y sátiras, sino que hasta los protegió; creía tal vez que, exponiendo el mal, la ayudarían a corregir los escándalos. Esta es la primera fase de la Reforma, representada por Erasmo y hasta cierto punto por Lutero; la segunda fase es la radicalización y fijación de la teología protestante con Calvino, Zuinglio y Knox, y la tercera fase es ya la que se llamó Contrarreforma, cuyos factores más importantes son san Ignacio —o mejor, la Compañía de Jesús— y el concilio tridentino. A cada uno de estos tres momentos de la lucha religiosa dedicaremos uno de nuestros capítulos.



Portada de la traducción francesa del "Elogio de la locura", de Erasmo de Rotterdam (Biblioteca Central, Barcelona).

Para empezar, ya hemos dicho que los primeros ataques contra la Iglesia, acusándola de ignorancia y de desmoralización, fueron soportados con singular benevolencia. La literatura anticlerical de principios del siglo XVI es abundantísima y los clérigos eran los primeros en aplaudirla. Mientras no se incurriese en error teológico, la Inquisición no se entremetía. Los humanistas conocían este peligro y se detenían en el justo límite hasta donde el Santo Oficio permitía llegar.

Es imposible en un libro como el nuestro enumerar el alud de tratados cortos y opúsculos, la mayor parte en latín, que aparecieron entre los años 1490 y 1530, presentando a la Iglesia como una organización de gente maleante. Es el tema de moda; hasta en España está la novela picaresca llena de ejemplos de inmoralidad que ofrecen los eclesiásticos;

son, sin embargo, ataques mezquinos, de soslayo, sin trascendencia, porque parecen errores y abusos individuales; no se percibe en ellos la gangrena del cuerpo entero de la Iglesia.

Erasmus es el genio que se consagra a esta labor fiscalizadora; sus obras toman a veces el tono de burla, pero no dejan nunca de proponer una corrección. Erasmus ha sido severamente criticado hasta nuestros días; católicos y protestantes le acusan de haber desencadenado la tempestad para acogerse después, en medio del temporal, al seguro refugio de una posición de erudito espectador que no está obligado a participar en la contienda.

El papa Adriano VI, que era casi su compatriota, le llamó a Roma y le ofreció un capelo, para que fuese a ayudarlo en su labor

EL ERASMISMO EN ESPAÑA

Excepto en Italia, donde la existencia de una larga tradición humanística les movió a desdeñar orgullosamente las enseñanzas de aquel "bárbaro" del Norte, el pensamiento de Erasmo influyó mucho en toda la Europa occidental, pero en ningún país tuvo repercusiones tan importantes como en España; ello se debió en buena parte a que en los primeros lustros del siglo XVI varios factores prepararon el terreno para la recepción del erasmismo: los *alumbrados* predispusieron a acoger favorablemente las teorías acerca de la religiosidad interior, la Biblia Políglota de Alcalá sentó las bases de un replanteamiento de los estudios bíblicos y el incipiente humanismo hispánico empezó a orientarse en un sentido de entusiasmo por la cultura clásica. Pero el elemento decisivo, en íntima conexión con todos estos fenómenos, era el clima de inquietud y de rebeldía que existía en muchos ambientes minoritarios de toda Europa. Era patente la necesidad y la urgencia de un gran cambio en la Iglesia, y antes de que surgiese Lutero, el erasmismo proporcionó a multitud de espíritus inquietos un vasto repertorio de ideas y de actitudes que significaban una crítica desde dentro que apuntaba a una gran reforma, todavía dentro de los límites de la ortodoxia.

Las primeras muestras de la influencia de Erasmo en España datan de poco antes de 1520, y a lo largo de diez años el pensamiento erasmiano va a tener una difusión extraordinaria en el país, contando con el apoyo de los más altos personajes del reino, desde el propio emperador Carlos V hasta el inquisidor general, pasando por el arzobispo de Toledo y el gran canciller. Pese a las violentas campañas anti-erasmistas, casi siempre conducidas por las órdenes mendicantes, los libros del humanista neerlandés se traducían, cono-

cian numerosas reimpresiones (así, por ejemplo, el *Enquiridión* o *Manual del caballero cristiano*, que tradujo hacia 1526 el Arcediano de Alcor) y penetraban en ambientes universitarios, burgueses y conventuales; Alcalá (con el impresor Miguel de Eguía y el Colegio Trilingüe, en el que no faltaba una cátedra de estudios bíblicos desempeñada por un agustino erasmista, fray Dionisio Vázquez) era el centro principal de este movimiento, cuyas ramificaciones abarcaban desde las altas esferas de la corte hasta muchos ambientes de intachable ortodoxia (hay indicios que permiten aventurar la hipótesis de que en su juventud santa Teresa de Jesús y san Ignacio de Loyola estuvieron influidos por la lectura de Erasmo).

El punto culminante de la influencia erasmista en España debe situarse hacia 1529, el año en que aparecen dos libros capitales que, pese a su gran audacia y a la polémica que suscitaron, no incurrieron en sentencias condenatorias graves por parte de la Inquisición: se trata del *Diálogo de la doctrina cristiana*, de Juan de Valdés, en el terreno de la religiosidad interiorizada, y el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, de su hermano Alfonso, obra radicalmente antirromana, que efectuaba cierta asimilación entre el erasmismo y la política imperial y justificaba el saqueo de Roma por las tropas de Carlos V.

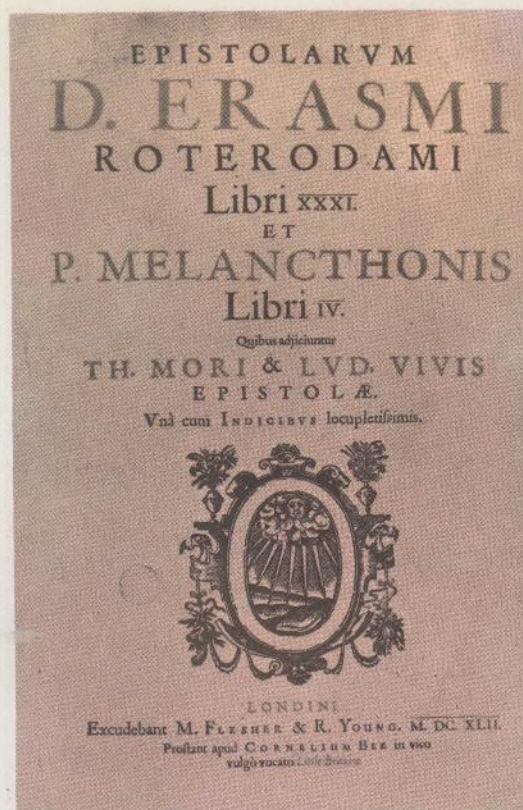
La consolidación de la Reforma y la progresiva rigidez adoptada por los teólogos de Trento trajo consigo inevitablemente el fin de las esperanzas de los erasmistas, quienes propugnaban una vía media entre la ortodoxia intransigente y los afanes de un gran cambio en el seno de la Iglesia. Poco después de 1530, tras la muerte de Alfonso de Valdés, el más activo de los erasmistas españoles, se inicia la reacción

y se multiplican los procesos inquisitoriales contra "alumbrados" y "luteranos", que en muchas ocasiones no eran más que simples erasmistas o simpatizantes suyos; cuando muere Erasmo en 1536, sus discípulos españoles han sido ya diezmados (procesos de Miguel de Eguía, fray Alonso de Virués, Alfonso de Valdés y el obispo Cazalla) y el grupo de Alcalá se ha dispersado. La influencia erasmista pervive en algunos discípulos refugiados en el extranjero (el valenciano Luis Vives en Brujas, Juan de Valdés en Nápoles) y se manifiesta de un modo más o menos soterrado en diversas obras religiosas o profanas, como los escritos devotos de Jorge de Montemayor, el *Crotalón* de Cristóbal de Villalón y quizás en el anónimo *Lazarillo de Tormes*.

A partir de 1557, la represión dirigida por el inquisidor general Fernando de Valdés se hace más dura que nunca y termina de matar los últimos brotes erasmistas a costa de enviar a la hoguera a una serie de acusados de herejía (1558), de prohibir obras nada menos que de fray Luis de Granada y de san Francisco de Borja y de resonantes e inhumanos procesos, como el del arzobispo de Toledo fray Bartolomé Carranza, quien sufrió prisión durante dieciséis años. Todavía en el último tercio del siglo XVI pueden apreciarse algunos ecos de carácter erasmista, pero son también sañudamente perseguidos: denuncia a la Inquisición del escritor Benito Arias Montano, proceso de fray José de Sigüenza, etc. Más prudente debió de ser Juan López de Hoyos, maestro de Cervantes, en quien Bataillon cree ver un último "heredero de las lecciones del humanismo erasmizante".

C.P.

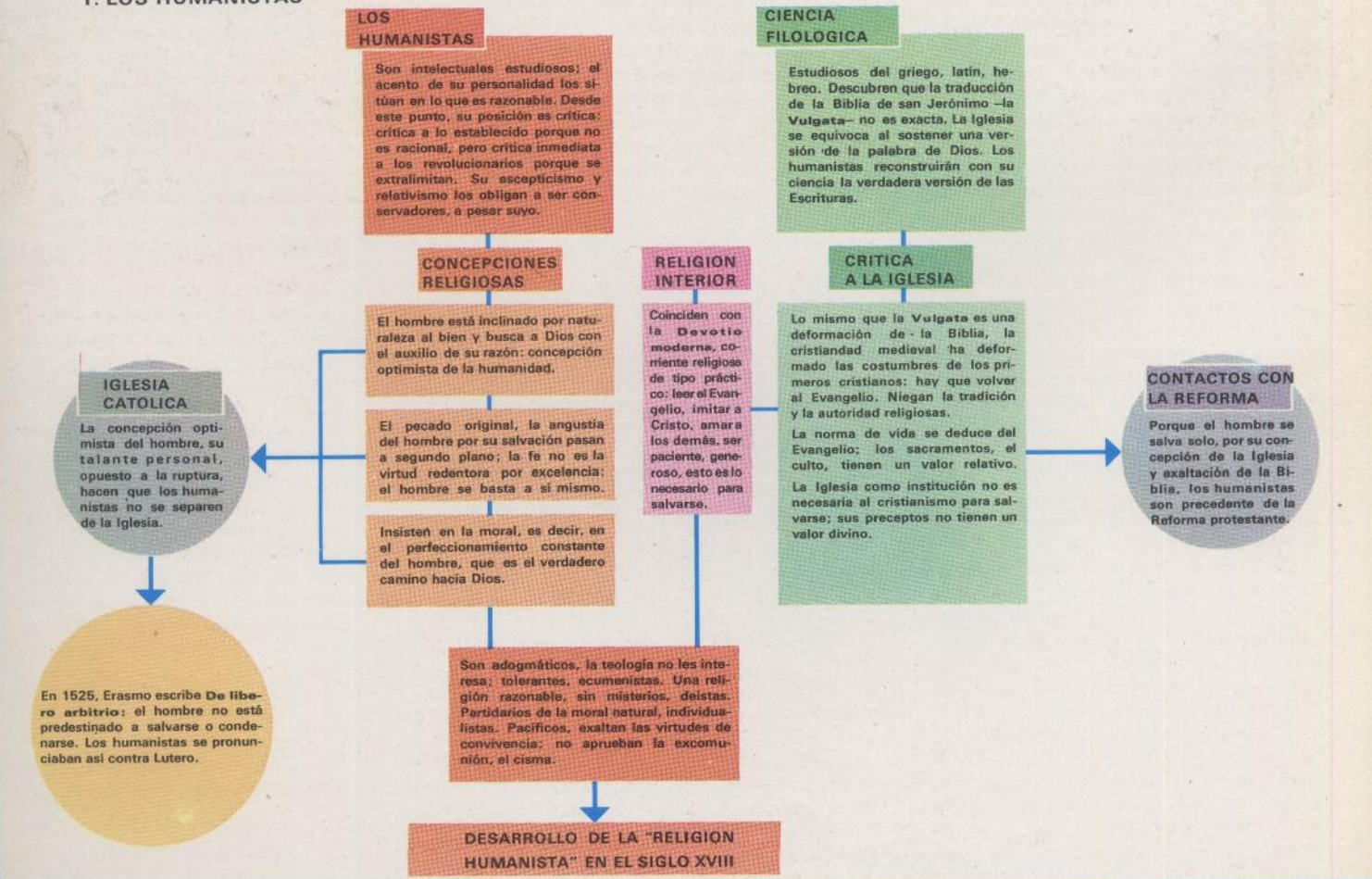
Portada del "Epistolario" de Erasmo de Rotterdam-Melanchthon y Tomás Moro-Luis Vives (Biblioteca Central, Barcelona).

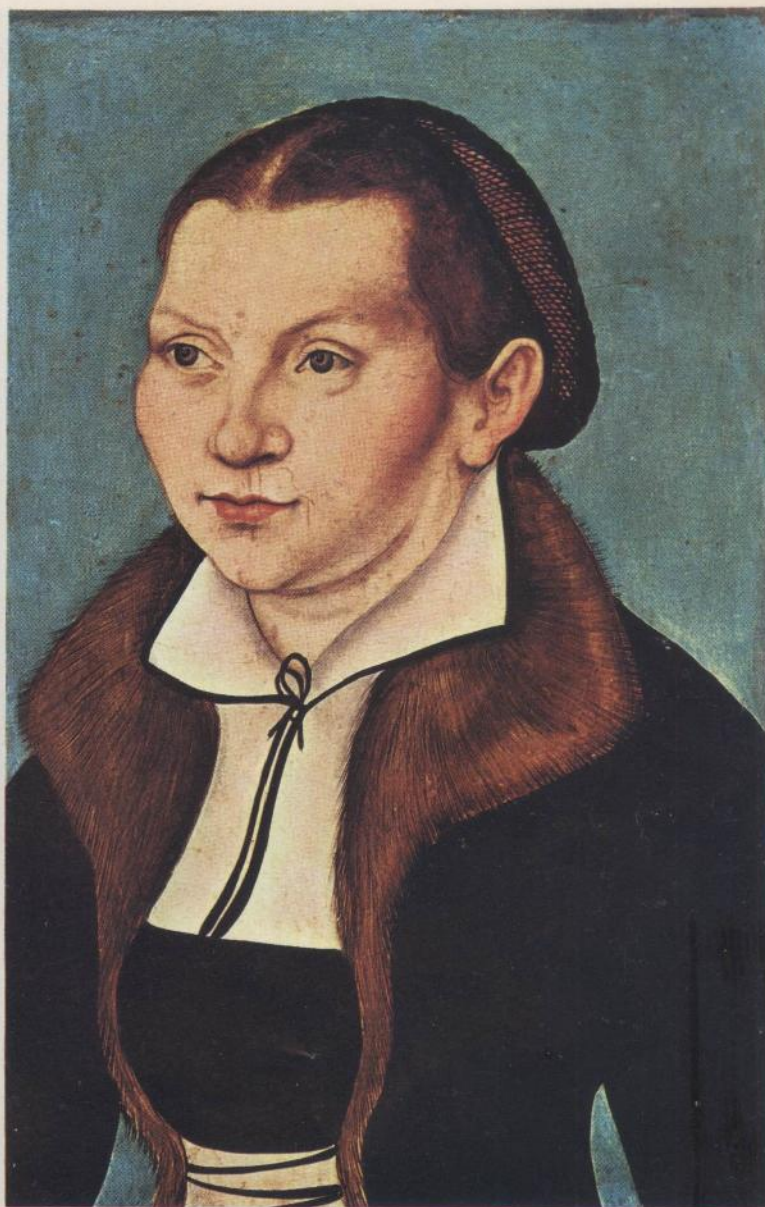


de reformar la Iglesia desde dentro. Lutero le escribió también excitándole a que tomase el partido de la Reforma desde fuera... Erasmo contestó al papa rehusando el capelo y a Lutero le escribió diciéndole que, deliberadamente, no había leído sus escritos. Continuar sus trabajos doctrinales era lo único que preocupó a Erasmo hasta el final de su vida. Una vez le dijeron que él, Erasmo, y Lutero habían puesto el huevo del que había salido la Reforma, y Erasmo contestó que de su huevo había salido una gallina ponedora, mientras que del de Lutero había salido un gallo de combate. Esto es verdad, pero habría que ver si de los huevos que puso la gallina de Erasmo no habían salido también luteranos. Por esta razón, y no por sus escritos, Erasmo es todavía mucho más apreciado de los protestantes que de los católicos.

A pesar de su falta de decisión, no se puede acusar a Erasmo de egoísta ni cobarde. Fue acaso un temperamento enfermizo, que, careciendo de la brutal acometividad de Lutero, tuvo que resignarse a lo que convenía a su naturaleza delicada. Los retratos de Holbein nos lo presentan pálido, demacra-

IDEAS RELIGIOSAS DEL SIGLO XVI. I: LOS HUMANISTAS





do, con su birrete cubriendo la cabellera de cáñamo, y envuelto en un sayal negro. Los contemporáneos hablan de las manos finas, transparentes, delicadas, de Erasmo. Según él mismo cuenta en sus cartas, sufría no poco con el ruido y el contacto de las gentes que encontraba en los mesones cuando viajaba. No obstante, nunca tuvo domicilio fijo y se pasó la vida, siempre pobre, viajando por Francia, Inglaterra, Flandes y Suiza.

Nacido en Rotterdam de un connubio irregular, el año 1467, su padre le había destinado desde muy joven a la vida conventual. Erasmo, casi a la fuerza, viose obligado a tomar órdenes en un convento de agustinos, con los que vivió varios años. Cuando critica a los religiosos de su época, lo hace, pues, con entero conocimiento. No les perdona los años de juventud que perdió entre ellos y, acaso exagerando, dice que los monaste-

rios de su tiempo eran peores que *lupanaria*. Sin embargo, el obispo de la diócesis, probablemente informado por el abad, se percató de los talentos de Erasmo y consiguió en Roma una dispensa para que el agustino descontento pudiera pasar a París, a fin de perfeccionar sus estudios.

En París hizo amigos que le invitaron a pasar a Inglaterra, y así hacia el 1497 encontramos a Erasmo por primera vez en Londres, ya en estrecha amistad con Tomás Moro. En Londres y Oxford, Erasmo se relacionó con eruditos que le estimularon a componer su primer libro, *Adagios*. Es una colección de sátiras cortas, escritas con un desenfado que las hacía extraordinariamente propensas a ser recordadas sin esfuerzo. Están escritas en latín, pero, así y todo, lanzan pullas como éstas: "Los griegos decían que Andóclides fue grande porque en su

Martín Lutero y su esposa Catalina Bora, por Lucas Cranach (Galería de los Uffizi, Florencia). Catalina Bora había sido religiosa en el convento de Nimbschen y se exclaustró en 1523 al aceptar la Reforma luterana. En el 1525 casó con Lutero y del matrimonio nacieron tres hijos y tres hijas.



Nuremberg en el siglo XVI y personajes vestidos a la moda de la época de Lutero (Bibliothèque Nationale, París, colección Allamant de Betz).

tiempo había confusión. Los teólogos producen la confusión para hacerse ellos grandes". "El Evangelio dice que los sacerdotes devoran los dineros que ha conseguido reunir el pueblo con su trabajo, pero los hallan tan difíciles de digerir que tienen que hacerlos pasar con vino bueno." Hay algo ya de Brueghel y Hieronimus Bosch en los escritos mordaces que salían de la pluma de Erasmo.

En Inglaterra encontró Erasmo una protectora en la viuda de cierto lord Vere. Con una modesta pensión, Erasmo regresó a París y desde allí realizó su primer viaje a Italia. En 1504 vio a Roma de cerca. La gran ciudad debía de causar una impresión extraña en aquella época: las obras edilicias de Sixto IV apenas terminadas, la gigantesca construcción de San Pedro sin cúpula todavía, las ruinas de la Roma imperial surgiendo por doquiera; los cardenales corrompidos, hechura del segundo Borgia, y el terrible papa Julio II, que le decía a Miguel Angel: "Retrátame con una espada, yo no soy hombre de libros". Por aquellas fechas, Lutero estaba también en Roma, enviado por los agustinos, y el efecto que le causó fue tan deplorable como el que debió de experimentar Erasmo, aunque se manifestó de diversa manera.

Es muy posible que fuese en la misma

Roma, y hasta animado por el cardenal Médicis —el que después quiso protegerle siendo papa—, donde Erasmo planeó y empezó la publicación de los Evangelios en latín, con terribles comentarios. Uno de ellos, al versículo 23 del capítulo XXV de san Mateo, dice así: "Yo, Erasmo, vi con mis propios ojos al papa cabalgando a la cabeza de un ejército, como si fuese César o Pompeyo. En cambio, san Pedro conquistó el mundo sin armas ni ejércitos".

Esto tiene poca malicia, pero otros comentarios son tan duros que nos resistimos a copiarlos. Imagínese lo que pondrá Erasmo al pie del texto de Mateo de que unos nacen eunucos y otros se hacen eunucos para servir a Dios. Imagínense sus comentarios sobre las reliquias de la leche de la Madre de Dios, los pedazos de la Vera-Cruz, cuyo número es tan grande que con ellos se podría cargar un buque, las enaguas de la Virgen o el peine de santa Ana.

Con malicioso ingenio Erasmo toma pie de una palabra de la Escritura para enzarzarse en las más violentas divagaciones. El texto de la epístola a los corintios, aconsejando no empeñarse en el don de lenguas, sino hablar razonablemente la que uno sabe, sacó a Erasmo de sus casillas y vapuleó a los

CRONOLOGIA DE LA VIDA DE LUTERO

1483	Nace Lutero (11 noviembre) en Eisleben (Turingia), en una familia de campesinos pobres.	1518	Aparece en Augsburgo ante Cayetano, cardenal legado, y se niega a retractarse. Ape-la al concilio y huye.	testantes en la Dieta de Nuremberg.
1501	Estudia filosofía en la uni-versidad de Erfurt.	1520	Lutero niega la infalibilidad del concilio y del legado papal.	Desviación violenta de la Re-forma: Tomás Muntzer y los anabaptistas.
1505	Ingresa en el convento de agustinos de Erfurt después de haber obtenido el grado de maestro en filosofía.	1521	El papa declara hereje a Lu-tero (bula <i>Exsurge</i>); éste la quema y publica A la nobleza cristiana, De la cautivi-dad babilónica de la Iglesia y De la libertad del cris-tiano .	Lutero se pronuncia contra los campesinos.
1508	Es nombrado profesor de teología en Wittenberg, tras haber sido ordenado sacer-dote.		Dieta de Worms: se niega a retractarse ante el empe-rador.	Erasmus se declara contra Lutero: Sobre la libertad de la voluntad .
1510	Viaje a Roma.	1530		Dieta de Augsburgo e inten-to de conciliar a los protes-tantes y a los católicos.
1512	Lecciones sobre la Epístola a los romanos y a los gálatas.	1536		Confessio Augustana .
1517	Lutero clava sus 95 tesis contra las indulgencias en la puerta de la iglesia del cas-tillo de Wittenberg.	1546		Concordia de Wittenberg: reconciliación de Zuinglio y Lutero.
		1521-1522	Primera edición de la traduc-ción del Nuevo Testamento (Biblia de Septiembre).	Muere en Eisleben (18 fe-brero).
		1522-1525	Rebelión política de los pro-	

que cantan en el coro sin entender lo que dicen.

El versículo de la epístola a Timoteo que precave vanas disputas en la Iglesia da pie a Erasmo para repetir su ataque a los teólogos: "No se cansan —dice— de disputar acerca de las clases de pecado, como si no fuera mejor detestar los pecados. Disputan de si la gracia que nos hace amar a Dios es la misma con la que Dios nos ama. Disputan acerca de la naturaleza del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; disputan acerca del fuego que tiene que abrasar una sustancia que no es material. Vidas enteras se consu-men en estas vanas especulaciones; se pelean y vienen a las manos por cuestiones de bau-tismo, sinaxis, penitencia, etc. Lo mismo que sobre el poder de Dios y el poder del papa..."

"Como en tiempo de san Pablo —dice Erasmo— había pocos sacerdotes, el apóstol no prohibió que se casaran ni obispos ni clé-rigos ni diáconos. Pero ahora se prohíbe el casamiento de los ordenados y se les permi-ten homicidios, parricidios, incestos, pirate-rías y sacrilegios. En los innumerables reba-ños de clérigos, pocos son castos..." etc.

Así despotrica Erasmo en sus comenta-rios; por esto hemos dicho que podrá acu-sársele de indeciso ante la Reforma, pero no de cobarde. El libro tuvo un éxito feno-

La iglesia de Wittenberg, en la puerta de la cual Lutero fijó sus 95 tesis.



Modas masculina y femenina de la época de la Reforma de Lutero (detalle de un grabado de Hoefnagel) (Biblioteca Nacional, Madrid).



UN ERASMISTA ESPAÑOL: ALFONSO DE VALDES

"Aquel vender de oficios, de beneficios, de bulas, de indulgencias, de dispensas, tan sin vergüenza, que verdaderamente parecía una irrisión de la fe cristiana, y que los ministros de la Iglesia no tenían cuidado sino de inventar maneras para sacar dineros.

"Veo por una parte que Cristo lo es la pobreza y nos convida, con perfectísimo ejemplo, a que la sigamos, y por otra veo que de la mayor parte de sus ministros ninguna cosa santa ni profana podemos alcanzar sino por dineros. Al bautismo, dineros; a la confirmación, dineros; al matrimonio, dineros; a las sacras órdenes, dineros; para confesar, dineros; para comulgar, dineros. No os darán la extremaunción sino por dineros, no tañerán las campanas sino por dineros, no os enterrarán en la iglesia sino por dineros; de manera que parece estar el paraíso cerrado a los que no tienen dineros. ¿Qué es esto, que el rico se enterra en la iglesia y el pobre en el cementerio? ¿Que por los ricos hagan oraciones públicas y por los pobres ni por pensamiento? ¿Jesucristo quiso que su Iglesia fuese más parcial a los ricos que no a los pobres? ¿Por qué nos aconsejó que siguiésemos la pobreza? Pues allende de esto, el rico se casa con su prima o parienta, y el pobre no, aunque le vaya la vida en ello; el rico come carne en cuaresma, y el pobre no, aunque le cueste el pescado los ojos de la cara; el rico alcanza ocho carretadas de indulgencias, y el pobre no, porque no

tiene con qué pagarlas, y de esta manera hallaréis otras infinitas cosas.

"Mirad que no sin causa Dios ha permitido esto por los engaños que se hacen con estas reliquias por sacar dinero de los simples, porque hallaréis muchas reliquias que os las mostrarán en dos o tres lugares. Si vais a Dura, en Alemania, os mostrarán la cabeza de santa Ana, madre de Nuestra Señora, y lo mismo os mostrarán en León de Francia. Claro está que lo uno o lo otro es mentira, si no quieren decir que Nuestra Señora tuvo dos madres o santa Ana dos cabezas... De palo de la cruz digoos de verdad que si todo lo que dicen que hay de ella en la cristiandad se juntase, bastaría para cargar una carreta. Dientes que mudaba Nuestro Señor cuando era niño pasan de quinientos los que hoy se muestran solamente en Francia. Pues leche de Nuestra Señora, cabellos de la Magdalena, muelas de san Cristóbal, no tienen cuento... Si os quisiese decir otras cosas más ridículas e impías que suelen decir que tienen, como del ala del ángel san Gabriel, como de la penitencia de la Magdalena, huelgo de la mula y del buey, de la sombra del bordón del señor Santiago, de las plumas del Espíritu Santo, del jubón de la Trinidad y otras infinitas cosas a éstas semejantes, sería para haceros morir de risa.

"No sé dónde nos ha venido tanta ceguera en la cristiandad que casi hemos caído en una manera de gentilidad... Mirad cómo hemos repartido entre nuestros

santos los oficios que tenían los dioses de los gentiles. En lugar del dios Marte, han sucedido Santiago y san Jorge; en lugar de Neptuno, san Telmo; en lugar de Baco, san Martín; en lugar de Eolo, santa Bárbara; en lugar de Venus, la Magdalena. El cargo de Esculapio lo hemos repartido entre muchos: san Cosme y san Damián tienen cargo de las enfermedades comunes; san Roque y san Sebastián, de la peste; santa Lucía, de los ojos; santa Polonia, de los dientes; santa Agueda, de las tetas; y por otra parte, san Antonio y san Eloy, de las bestias; san Simón y Judas, de los falsos testimonios; san Blas, de los que estornudan. No sé yo de qué sirven estas invenciones y este repartir de oficios sino para que del todo parezcamos gentiles y quitemos a Jesucristo el amor que en El solo deberíamos tener, acostumbrándonos a pedir a otros lo que a la verdad El solo nos puede dar. Y de aquí viene que piensan otros, porque rezan un montón de salmos o manadas de rosarios, otros porque traen un hábito de la Merced, otros porque no comen carne los miércoles, otros porque se visten de azul o naranjado, que ya no les falta nada para ser muy buenos cristianos, teniendo por otra parte su envidia y su rencor y su avaricia y su ambición y otros vicios semejantes, tan enteros como si nunca hubiesen oído decir qué cosa es ser cristiano."

(Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma.*)

menal, y, en cada edición sucesiva, Erasmo añadía nuevos comentarios, o hacía todavía un poco más agrios los que habían aparecido ya en las anteriores. Los clérigos sonreían, y el papa León X solía decir: "Aquí está nuestro amigo Erasmo".

Los ataques esparcidos, fragmentarios, de los *Adagios* y los *Comentarios* tomaron cuerpo de doctrina en el *Elogio de la Locura* (*Encomium Moriae*). Es la Locura misma la que habla en todo el libro: nació de Plutón y se crió en las islas Afortunadas; sus compañeros eran Egoísmo, Indolencia y Placer. Todo el mundo, sin distinción de clases ni categorías, rinde culto a la Locura; nadie, sin algo de Locura, pensaría jamás en casarse... Pero no vaya a creer el lector que Erasmo se entretenga demasiado en esta farsa inocente; muy pronto empieza, por boca de la Locura, a disparar bala rasa contra teólogos y clérigos:

"Debería evitar a los teólogos —dice la Locura—, que forman una casta orgullosa y susceptible. Tratarán de aplastarme debajo de seiscientos dogmas; me llamarán hereje y sacarán de los arsenales los rayos que guardan para sus peores enemigos. Sin embargo, son siervos de la Locura aunque renieguen de ella..." Lo que seguirá, llenando páginas y páginas, puede imaginarlo el lector. Los clérigos, naturalmente, acusaron de hereje a Erasmo, intentaron hacer intervenir a la curia romana, y esperaban que fuera condenado a las más duras penas. Pero no había herejía en denunciar locuras, extravagancias, supersticiones y desórdenes. La Iglesia podía considerar imprudente, impropio, inadecuado, el escándalo producido por el libro de Erasmo; podía advertirle que no era él quien debía corregir los abusos, ni aquél el sistema más conveniente; podía imponerle castigos disciplinarios, más aún, siendo religioso, pero no podía quemarle como hereje si no había herejía en sus escritos. Los obispos y las universidades prohibieron la lectura de las obras de Erasmo, pero el Santo Oficio no se movió... Las obras de Erasmo no fueron incluidas en el índice de libros prohibidos hasta mucho después de su muerte.

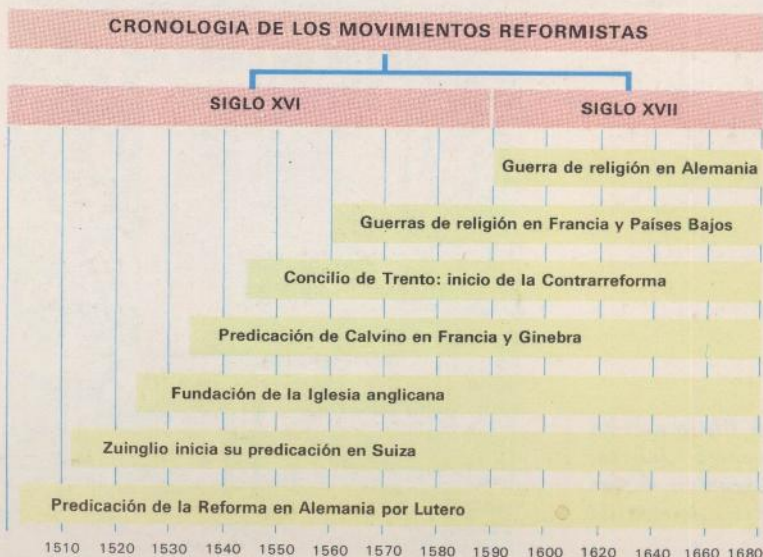
Por otra parte, Erasmo se escudaba dedicando su edición de las cartas de san Jerónimo al propio León X, y éste aceptaba la dedicatoria de Erasmo. Las cartas de san Jerónimo, salpicadas de citas en griego y en hebreo, habían llegado, a través de los manuscritos de la Edad Media, tan corrompidas, que para adivinar su sentido se necesitaba la formidable erudición que poseía Erasmo. La corte romana, por aquel entonces, lo perdonaba todo a condición de que viniera de un helenista; el humanismo de Erasmo hacía olvidar sus intemperancias. Murió católico, haciendo continuas protestas de su adhesión a

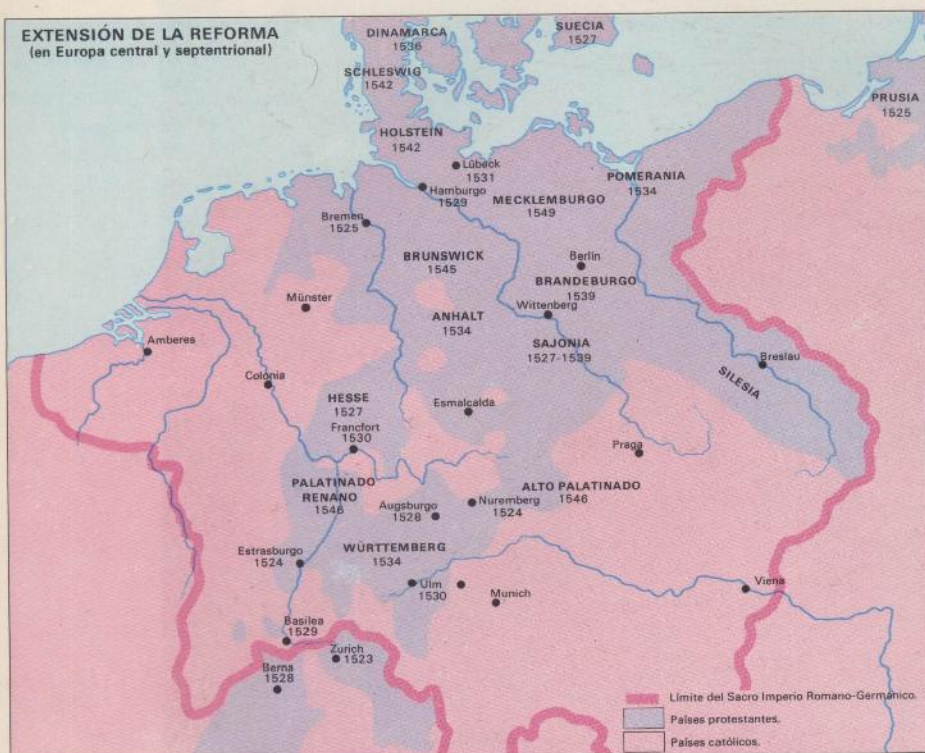


León X y los cardenales Julio de Médicis y Luis de Rossi, por Rafael (Galería de los Uffizi, Florencia). Este papa, hijo de Lorenzo el Magnífico, tuvo que oponerse al cisma desencadenado por Lutero y sus teorías.

la Iglesia romana. Inconsciente del efecto de su obra, no se dio cuenta de que había sido un factor importantísimo de la protesta de la mitad de la cristiandad y de la corrección de la otra mitad, que trató de enmendarse con la llamada Contrarreforma.

El carácter y la conducta de Erasmo contrastan con el temperamento apasionado de Lutero. El uno parece a veces el Voltaire, y el otro el Rousseau de la Reforma; el uno es el aristócrata mordaz y el otro el plebeyo romántico de esta primera revolución europea. Lutero era dieciséis años más joven que





Erasmus; hijo de un minero sajón, había nacido en 1483 y creció en medio de rústicos campesinos que creían con la simple fe católica de la Edad Media. Su padre pudo enviarle a la escuela, y aun a la universidad de Erfurt. Allí Lutero se graduó en el año 1505. Sus compañeros le llamaban *el filósofo*, acaso porque no tenía afición a la literatura. Poseía, en cambio, un gran sentido musical y tocaba el laúd. Los himnos religiosos que compuso después prueban que era más poeta

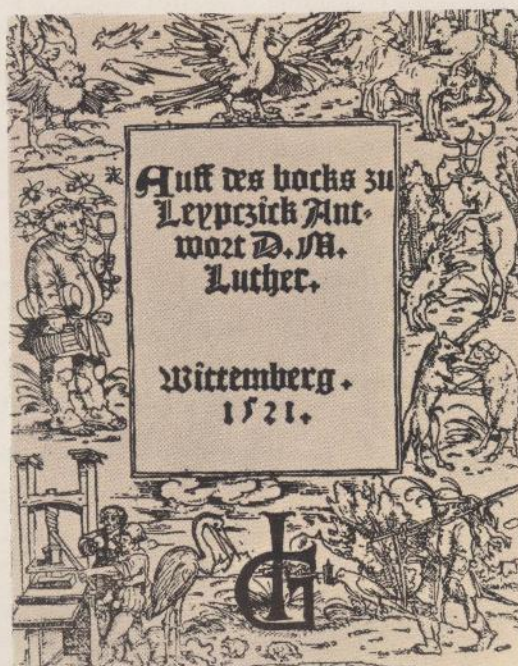
que los estudiantes que hacían versos, juvenil pasatiempo de todas las generaciones. Sólo el que, como Lutero, hace himnos a los cuarenta años, puede admitirse que sea verdadero poeta.

Poco después de graduado, Lutero entró en un convento de agustinos. No conocemos la causa que le impulsó a profesar; es raro que, siendo tan locuaz en lo que le concierne, no nos haya explicado por qué se hizo fraile. Sólo nos dice que dudó de salvarse si no se apartaba del mundo, y recuerda a este efecto un proverbio alemán: "La duda hace el monje".

Los protestantes han querido descubrir una conversión o *salvación* de Lutero cuando éste entró en el convento; creen que Lutero nació por segunda vez leyendo un día, en su celda, la *Epístola a los romanos*. Según dicen, desde aquel momento empieza su vida nueva; sin embargo, no aparecieron signos manifiestos del cambio hasta mucho más tarde.

En 1508, Lutero, todavía un oscuro fraile agustino, fue enviado a la recién creada universidad de Wittenberg para enseñar teología. Se han conservado algunos recuerdos de sus lecciones, sobre todo en la gran Biblia anotada donde señalaba, entre líneas, los asuntos que deseaba tratar en el aula. Año por año se ve crecer su mal humor para contemporizar con la teología escolástica; pero en lugar de inclinarse hacia una fórmula más moderna del pensamiento europeo, como Erasmo, se ve a Lutero retroceder hacia la teología de san Agustín, declarando que la escolástica era una recaída en el pelagianismo. Muchos lectores habrán ya olvidado quién era Pelagio y cuál era su herejía, pero aquí hace falta recordarles que, lo que se llama *pelagianismo* en la Iglesia protestante, era creer que la salvación eterna se debe exclusivamente a nuestras buenas obras, sin que para ello se necesite de la gracia divina.

Con esta idea en la mente, puede decirse que Lutero empezó en Wittenberg la que hoy llamamos teología protestante. Es de notar que ya en 1516 empleaba la frase *nuestra teología* para distinguirla de la escolástica que aprendiera en las aulas de Erfurt. Pero una teología enseñada en una universidad insignificante, por un fraile desconocido, no hubiese tenido ninguna consecuencia sin la aplicación que de ella hubo de hacer Lutero al caso práctico de las indulgencias. En esta cuestión de las indulgencias iban envueltas necesariamente la cuestión del dinero y la de la salvación del alma. El poder temporal de los grandes de la tierra y el bolsillo del humilde campesino que compraba una bula estaban interesados por igual en lo que pudiera decir aquel fraile agustino, profesor de teología.



Portada de un libelo escrito por Lutero contra Johann Eck tras la discusión de las tesis del primero, sostenida en Leipzig.

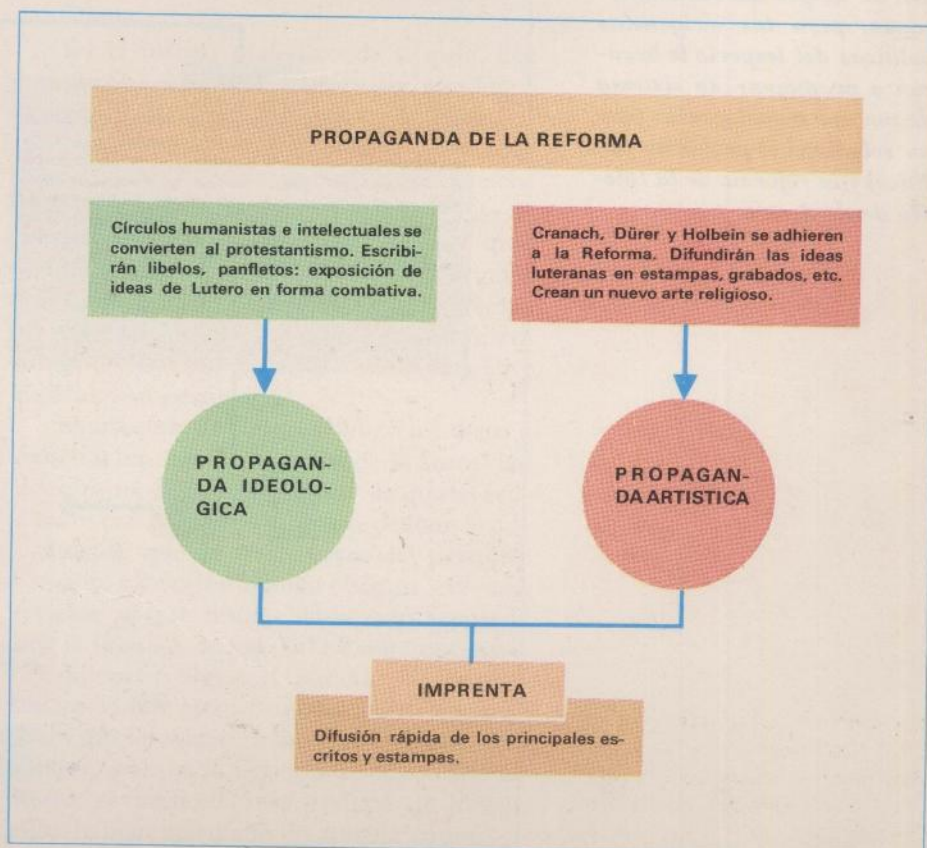
*El príncipe elector Federico el Sabio,
por Dürer (Museo de Berlín),
protector de Lutero.*



Hoy nos parece risible que pudiera desencadenarse una ruptura como la reforma protestante, por una insignificancia como el pleito de las indulgencias. La Iglesia romana, en nuestros días, hace otro uso de esta prerrogativa; pero en tiempo de Erasmo y de Lutero la construcción de la gran basílica de San Pedro y el sostenimiento de la fastuosa corte de los pontífices humanistas obligaban a procurarse recursos; hiciéronse concesiones extraordinarias de indulgencias y muchos llegaron a traficar con ellas, poniéndoles precio y pregonándolas como mercaderes. Naturalmente que siempre había algún pretexto para hacer estas concesiones extraordinarias: ora se proyectaba una cruzada contra el turco, ora se recordaba la necesidad de llevar a término la obra de San Pedro. Entonces el papa encargaba en cada país la predicación de las indulgencias a un obispo, y éste, a su vez, la encomendaba a comisarios especiales, que iban de pueblo en pueblo difundiendo la bula papal. Huelga decir que estos predicadores de las bulas eran a menudo personas poco escrupulosas, que convertían tales favores espirituales en tráfico indigno de dinero, mirando más al producto de las limosnas que a los efectos de la penitencia y al lucro espiritual. En la Alemania de la época corría este dicho: "Trinca la moneda en el cofre del bulero y sube el alma del purgatorio al cielo".

La venta de indulgencias, a los ojos de las autoridades civiles, era una nueva contribución que gravaba a la Iglesia de Alemania. Los campesinos, tras las indulgencias, carecían luego de recursos para pagar lo que debían a la administración civil. Además, recordemos que Roma ya cobraba diezmos y derechos de los obispados, que en ocasiones ascendían a la mitad de las rentas de la mitra. Así es que este exceso de indulgencias que ofreció la Iglesia a principios del siglo XVI fue la gota de agua que hizo desbordar el vaso, ya repleto de rencor, contra Roma y el pontificado.

Lutero, inconsciente, como Erasmo, de la trascendencia de su obra, fue instrumento extraño del destino. Un día, sin haberlo meditado mucho, clavó en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg un escrito con 95 Tesis, o proposiciones, que él, Lutero, se aprestaba a defender, como un caballero teutónico, en singular combate teológico. La universidad donde enseñaba Lutero se hallaba frente al castillo de la pequeña ciu-





*Carlos V, por Jan Verme-
yen (colección Robert Fink,
Bruselas). El nuevo empera-
dor de Alemania y rey de
España, admirador de Eras-
mo, no aceptó las ideas lute-
ranas, pero las exigencias
políticas del Imperio le lleva-
ron a propugnar un sistema
de mutuas transigencias (que
no solucionó el problema po-
lítico) y la reforma de la Igle-
sia desde dentro.*

dad de Wittenberg; si la tempestad no hu-
biera estado acumulada en el ambiente, el
desafío del fraile rebelde no habría pasado
de ser una singularidad académica.

Pero en medio de aquel farrago de 95 pun-
tos teológicos, repetidos, algunos absurdos o
infantiles, Lutero venía a decir:

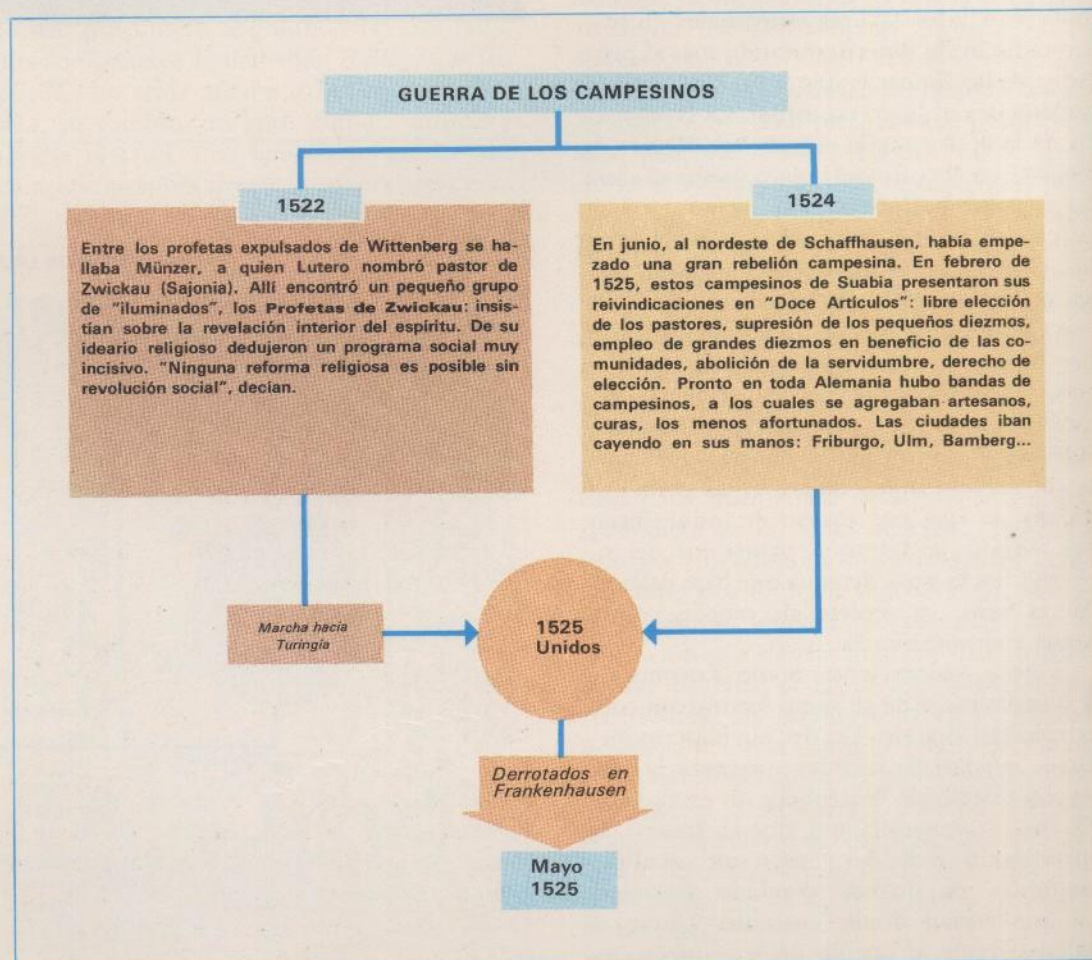
I. Que la Iglesia sólo puede remitir las
penas que ella impone y no las que ha im-
puesto Dios en su juicio.

II. Que la Iglesia sólo puede disminuir
la penitencia y la pena de los vivos; los muer-
tos sólo pueden ser auxiliados con plegarias
para mover la bondad divina a compasión.

III. Que para obtener el perdón de los
pecados es preciso un sincero arrepenti-
miento, y no hace falta nada más.

Las noventa y cinco *Tesis* de Lutero tuvie-
ron una circulación asombrosa: a los quince
días habían llegado al último rincón de Ale-
mania, y cuatro semanas después habían
sido leídas por toda Europa, *como llevadas por
ángeles*, dice Myconius, naturalmente luterano.

No creemos que el lector se moleste por-
que no detallemos el pro y el contra de las
indulgencias en un libro como el nuestro. De
defender la posición católica se encargó ya
en el año 1518 un profesor de la universidad





Vista de Heidelberg, ciudad donde, en 1518, se reunió la Orden agustina. Allí Lutero tuvo que defender sus 95 tesis en un ambiente de extrema frialdad.

de Ingolstadt llamado Johann Eck. Su réplica a las 95 *Tesis* se llamaba *Obeliscos*, y la contrarréplica de Lutero, *Asteriscos*. ¡Qué títulos! El humanismo había emponzoñado hasta a las gentes teológicas, como Johann Eck y Martín Lutero.

El primer tropiezo serio lo tuvo Lutero con sus colegas los agustinos. En el mismo año 1518 se reunió el capítulo de la Orden, como de costumbre, en Heidelberg, y Lutero tuvo que explicar allí sus 95 tesis. El capítulo escuchó con no poca paciencia e imparcialidad, dándole a entender su disgusto, aunque sin atreverse a condenarle; pero la frialdad de los agustinos hizo reflexionar a Lutero y, como resultado, publicó una explicación detallada, bastante más metódica y razonada que las *Tesis*, que llamó *Resoluciones*.

De momento, se pensó en llamar a Lutero a Roma para convencerle o condenarle; pero los príncipes alemanes, sobre todo el elector de Sajonia, soberano natural del fraile, suplicaron que el asunto se discutiese en la propia Alemania. El papa consintió, y Eck y Lutero se encaminaron a Leipzig para discutir allí las *Tesis* cara a cara.

Llegó acompañado de otros profesores de Wittenberg, en dos coches escoltados por doscientos estudiantes, armados con yelmos y lanzas. Eck tenía un cuerpo macizo y la voz estentórea, mientras que Lutero, todavía jo-

ven, era delgado y su voz débil, pero clara. Llevaba en la mano un ramito de flores y, en lo más recio de la disputa, tomaba aliento oliéndolas. No parecía tomarse muy en serio la disputa.

En el torneo dialéctico de Leipzig, Eck consiguió la victoria; parece ser que logró desviar la cuestión del punto de las indulgencias y arrastró a Lutero a declarar que no reconocía la autoridad del papa. Es más, le hizo confesar que creía que había algo de verdad en las doctrinas de Juan Hus, quemado el siglo antes por hereje. Al llegar a este punto, hasta el rector de la universidad de Wittenberg (quien, como es natural, era amigo de Lutero) exclamó: “¡Dios nos libre de Hus y su pestilencia!...”.

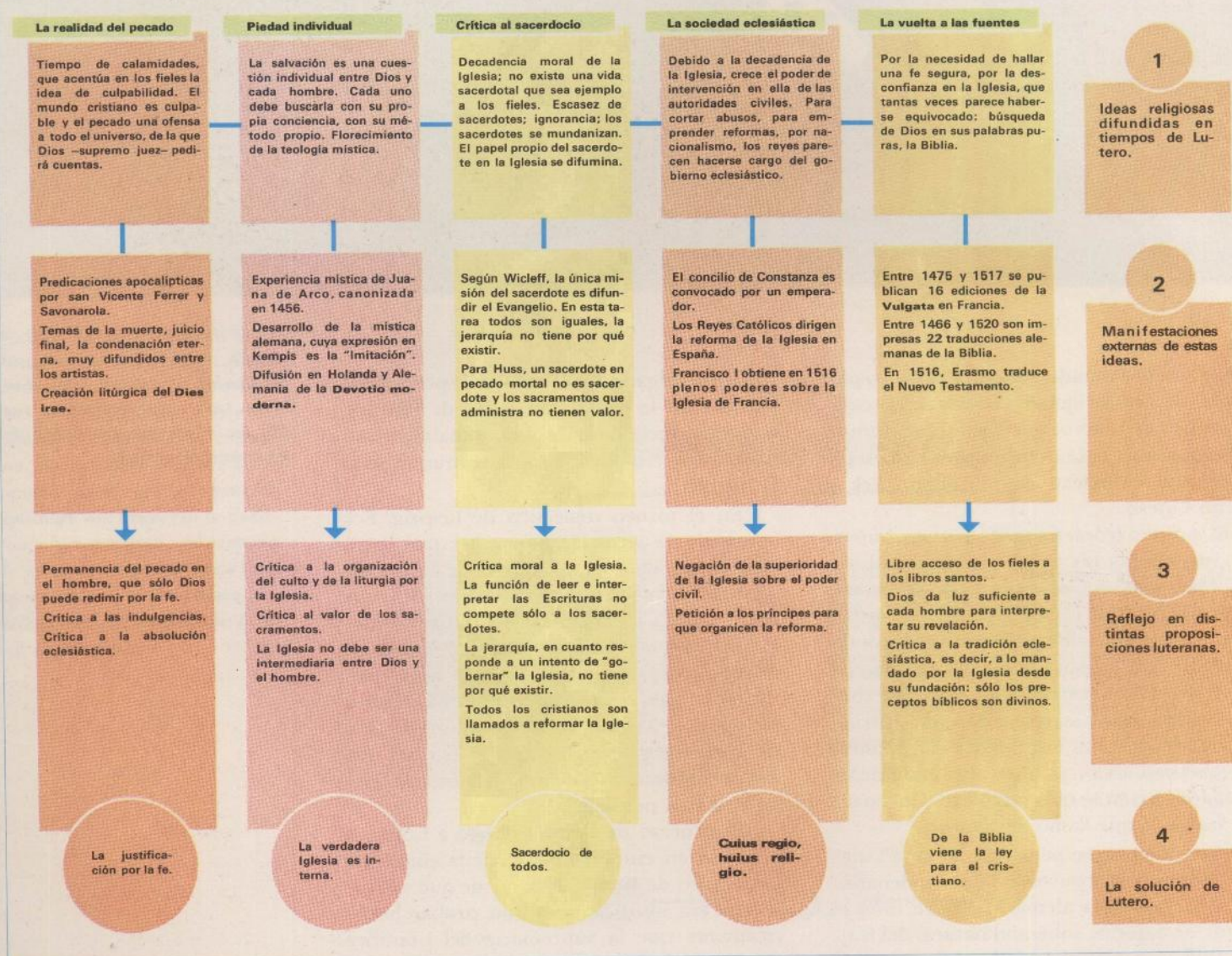
El proceso de Leipzig obligó a Lutero a penetrar en este otro punto de la autoridad del obispo de Roma. A pesar de que su erudición era insuficiente, quiso probar históricamente que la supremacía del pontífice romano sobre los demás obispos era cosa reciente y que nunca había sido aceptada por la Iglesia oriental. Tal ha sido, por espacio de cuatro siglos, la posición de los protestantes; hoy están convencidos de que tendrían que apoyarse en otros argumentos más sólidos, porque la hegemonía del obispo de Roma es bastante más antigua de lo que ellos habían calculado en aquella época.

Pero estas cuestiones doctrinales no hubieran hecho caer a la mayor parte del pueblo alemán del lado de Lutero. En el año 1520 volvió a la carga con la publicación de los tres famosos tratados que se consideran como la piedra fundamental del protestantismo. Sus títulos son: *De la libertad del cristianismo*, *La cautividad de la Iglesia en Babilonia* y *Manifiesto a la nobleza cristiana de la nación alemana*. El primero lleva todavía una carta-prólogo, dirigida al papa León X. El *Manifiesto* fue naturalmente el más leído; las prensas no po-

dian dar abasto a la demanda de las gentes: era un toque vibrante de llamada para unir a toda la nación contra el poder de Roma.

Los argumentos que esgrimía Lutero eran éstos: había que desvanecer el error de creer que el papa, los obispos y los eclesiásticos formaban un imperio espiritual opuesto al temporal de los estados. El verdadero estado espiritual es la Iglesia, formado por el cuerpo de todos los creyentes. Un remendón, decía Lutero, forma parte del cuerpo espiritual de la Iglesia lo mismo que un obis-

IDEAS RELIGIOSAS DEL SIGLO XVI. II: LUTERO



El gráfico adjunto puede dividirse con facilidad en dos partes: la mitad superior reflejaría sumariamente algunas de las ideas religiosas corrientes en los siglos XIV y XV; la mitad inferior, las proposiciones fundamentales de Lutero. Nótese que éstas emanan de aquéllas, ya que Lutero era un hombre rigurosamente conectado con las necesidades y problemas de su época. Mientras la Iglesia católica —salvo esfuerzos individuales— se halla alejada de sus fieles y desde el siglo XIV busca una nueva forma de "comunicación religiosa", Lutero acierta a formular la religión de su tiempo. Su éxito fue, como sabemos, fulgurante y amplio; en cambio, la capacidad de la institución eclesiástica para reaccionar sería nula. Sólo cuarenta años más tarde, cuando más de media Europa era protestante, se convocó un concilio. La Iglesia actuaba con lentitud.

po. El papa no tiene derecho exclusivo a convocar un concilio; los emperadores convocaron los concilios en el pasado, etc.

A esto contestó Roma con la bula *Exsurge Domine*, condenando a Lutero. En ella se ordenaba que todos los que tuvieran escritos de Lutero los quemaran al punto; pero el fraile rebelde contestó quemando las Decretales, y la bula papal que le condenaba, en el lugar mismo donde se acostumbraba a quemar a los herejes en Wittenberg.

Así estaban las cosas cuando fue elegido emperador Carlos V. Su abuelo Maximiliano había muerto repentinamente en el año 1519, y Carlos, que ya era rey de España por incapacidad de su madre, no fue elegido hasta obtener la eficaz intervención del elector de Sajonia, protector entusiasta de Lutero desde un principio.

Carlos V se encontró, pues, en Alemania en la misma situación que Constantino cuando la disputa arriana. Así como Constantino convocó el concilio de Nicea para acabar con Arrio y sus secuaces, Carlos V creyó acabar con Lutero obligándole a comparecer ante la Dieta de Worms. Esta asamblea se convocaba para tratar toda clase de asuntos del Imperio, y la rebeldía de Lutero se creyó que no pasaría de ser un episodio secundario; sin embargo, hoy nadie recuerda la Dieta de Worms sino por la presencia y las declaraciones de Lutero. Este llegó a Worms con un salvoconducto que duraba veinte días; no corría peligro alguno, porque, aún en el caso de que el emperador hubiese querido desdecirse de su promesa, los electores alemanes no lo habrían consentido, ofendidos gravemente por aquella felonía. No obstante, Lutero, al partir para Worms, creyó que allí iba a morir. Llegó la vigilia de la sesión en que tenía que comparecer ante el emperador y le dieron alojamiento en el *Mesón del Cisne*. Como la ciudad estaba llena de diputados, tuvo que dormir en el mismo cuarto con dos caballeros sajones.

En la tarde del siguiente día, 4 de abril de 1521, la Dieta trató del asunto de Lutero estando él presente. El nuncio del papa, que hacía de fiscal, ha descrito en sus memorias la entrada del fraile en estos términos: "El infeliz entró sonriendo, miró a su alrededor y bajó la cabeza. Al verse frente a frente del emperador (Carlos V), no pudo mantenerse quieto y se movía tembloroso". Un espectador español describe a Lutero en la Dieta de Worms, diciendo: "Era de estatura mediana, cara fuerte y bien conformado. Sus ojos brillantes miraban fijamente. Iba vestido con el hábito agustino, con un cinturón de cuero, gran tonsura, recientemente afeitada, y poco cabello alrededor". Lutero, en cambio, nos cuenta que, al contemplar aquella reunión



Philipp Melanchthon, amigo inseparable de Lutero, por Cranach (Galería de los Uffizi, Florencia).

MELANCHTHON

Entre los amigos íntimos y colaboradores de Lutero, una de las personalidades más interesantes es la de Felipe Melanchthon (1497-1560). Teólogo pero también humanista, luterano pero también discípulo y admirador de Erasmo, su carácter flexible y conciliador contrasta vivamente con la brutal energía que caracteriza a Lutero, muchas de cuyas opiniones matiza en un sentido que le acercaba a la ortodoxia católica; pese a ello y al hecho de mantener correspondencia con el cardenal Sadolet, no sólo no volvió nunca al catolicismo, sino que a la muerte de Lutero fue designado como su sucesor, poniéndose entonces a prueba todas sus dotes diplomáticas al tener que frenar tanto a los extremistas ultraluteranos, como Matthias Flacius, como a los partidarios de una teología filocatólica (Osiander).

En 1530, en la dieta de Augsburgo, cuando va a intentarse una conciliación entre Roma y los luteranos, la tarea de redactar una profesión de fe se confía a Melanchthon, quien se esfuerza por todos los medios en limar asperezas y acortar distancias entre los dos antagonistas; y en la segunda quincena del mes de junio

sostiene una serie de conversaciones con Alfonso de Valdés, secretario del emperador, como él humanista, amigo de Erasmo y partidario de hacer todas las concesiones posibles. Aún después de haberse frustrado este intento, Melanchthon no desaprovecharía ninguna ocasión de buscar nuevamente los caminos de la concordia (aunque Lutero desaconsejaba a su "querido Felipe" tales gestiones), y en la dieta de Ratisbona de 1541 estuvo a punto de llegar a un acuerdo con el legado pontificio.

Al morir Lutero, se dice que Melanchthon citó no sin malicia una frase de Erasmo: "Dios ha dado al mundo un médico muy tosco", indudablemente eco de las fricciones personales que habían existido entre los dos amigos. Pero este "dulce Felipe", tan culto y tan suave de maneras, tan bondadoso y tan inclinado a la comprensión y al eclecticismo, fue el mismo que aprobó la feroz represión de las revueltas campesinas de 1525 y que en 1553 escribió a Calvino felicitándole por haber hecho morir en la hoguera a Miguel Servet.

C.P.

Catedral de Worms, la ciudad donde se reunió la Dieta imperial ante la que Lutero debía retractarse o, por el contrario, reafirmarse en su posición.



Martín Bucer, por G. Bouttats (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona), dominico alemán que predicó la Reforma en Estrasburgo y el sudoeste de Alemania. Fue excomulgado y acabó su vida en Inglaterra.

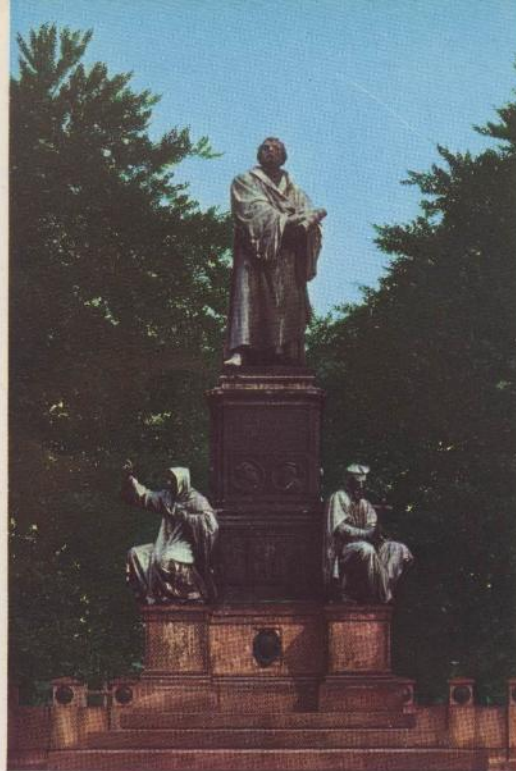
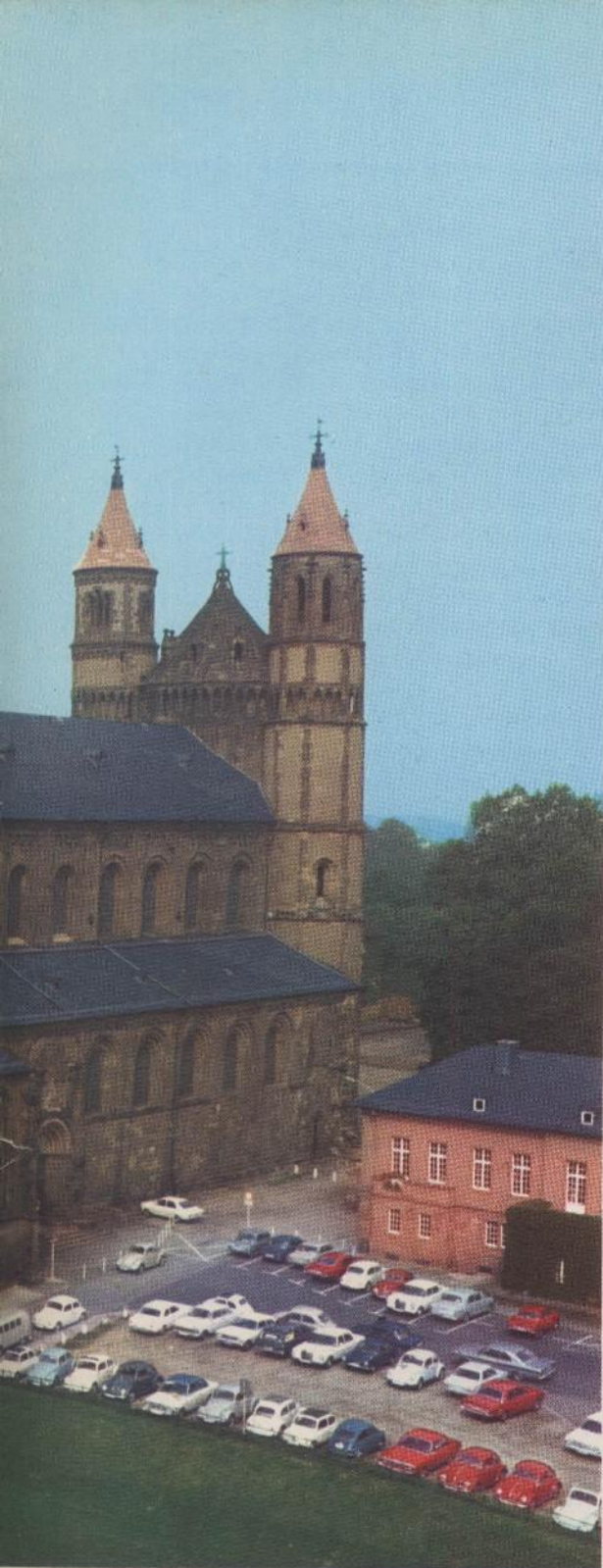


de príncipes y dignatarios, hubo de decirse: "Así mirarian los judíos a Cristo".

Lutero fue requerido este primer día para que se reconociera como autor de sus escritos y se retractara o insistiera en su contenido. Sobrecogido por la pregunta, Lutero habló entonces con voz apagada y pidiendo solamente permiso para considerar el asunto de manera que pudiese contestar sin inferir agravio a su alma. Esta petición pareció impertinente al emperador, puesto que había tenido tiempo bastante para prepararse; pero se le concedió de término hasta el día

siguiente, a la misma hora, para contestar a la Dieta. En este segundo día, Lutero, animado por sus amigos, habló ya con palabras muy claras, no exentas de modestia, manifestándose dispuesto a corregir lo que pudiese haber de exagerado en la exposición de sus textos, pero manteniéndose firme en todo lo que considerara fundamental.

La sala estaba llena; los cirios que la alumbraban aumentaban el calor que originaba la congestión de la multitud. Lutero estaba pálido; grandes gotas de sudor corríanle por la cara. Como había hablado en latín,



Monumento a Lutero en Worms

“Yo daré la respuesta sin cuernos ni dientes (*non cornutum neque dentatum*); no me retractaré más que con argumentos de las Sagradas Escrituras. ¡Que Dios me ayude! Amén”.

Después se le preguntó si creía que un concilio ecuménico podía errar, y a esto Lutero contestó que algunos concilios ciertamente habían errado porque en los siguientes se había rectificado. El emperador hizo entonces una señal, cortando la discusión; los grandes cirios habían llegado a consumirse y la sala estaba casi sumida en la oscuridad.

Lutero ante Carlos V en la Dieta de Worms (cuadro de J. Schnorr de Carosfeld). Quizás afectado por la presencia del emperador, Lutero estuvo vacilante en su primer día ante la Dieta, pero al día siguiente, ya bastante repuesto, sostuvo sus tesis con firmeza.

varios príncipes le pidieron que repitiera su discurso en alemán; pero el elector de Sajonia, al verle tan cansado, le gritó, sin preocuparse para nada de la etiqueta: “Si no puedes más, retírate; ya has hablado bastante, Herr doctor...”. Sin embargo, Lutero, algo repuesto, repitió su oración, acabando con las palabras alemanas: *Hier bin ich* (¡aquí estoy!).

Después comenzó el interrogatorio: “¿Mantenéis o retractáis vuestras opiniones? El emperador quiere una respuesta sin ambages (*non cornutum*)...”. Lutero contestó:



BIBLIOGRAFIA

Bataillon, M.	<i>Erasmo en España</i> , México, 1965.
Casalis, G.	<i>Luther et l'église confessante</i> , París, 1966.
Cristiani, Monseñor	<i>La rebelión protestante</i> , Andorra, 1962.
Febvre, L.	<i>Un destin. Martin Luther</i> , París, 1966.
Greiner, A.	<i>Lutero</i> , Barcelona, 1968.
Huizinga, J.	<i>Erasmo</i> , Barcelona, 1946.
Margolin, J. C.	<i>Erasme par lui-même</i> , París, 1965.
Ritter, G.	<i>Lutero</i> , México, 1963.
Strohl, H.	<i>Luther, sa vie et sa pensée</i> , París, 1933.
Vilanova, A.	<i>Erasmo y Cervantes</i> , Barcelona, 1949.



Lutero traduciendo a lengua vulgar el Nuevo Testamento.